

durante el día; pero ¡durante la noche!... Imley puso un dedo sobre sus labios, en señal de misterio.

—Tú, durante la noche, eres menos digno de lástima; dijo Celuta; ¡yo lloro á todas horas!

—¡Si suspieses! prosiguió Imley, ¡es hermosa como la palmera de las arenas! Cuando dice á la sonrisa que visite sus labios, sus dientes parecen las perlas del rocío matinal en las lozanas hojas del erguido cocotero.

El descendiente de Cham detuvo bruscamente á Celuta y mostrándole el río, le dijo: «¿Ves la argentada copa de esos añacates allí abajo sobre las aguas?» «¿Ves inmediatas á ellas las sombras de esas layas rojas, casi tan hermosas como las de la frente de mi mamá? ¿Ves las dos columnas de esos papayas entre los cuales se muestra la faz de la luna, como la cabeza de mi Izezar entre sus brazos levantados para acariciarme? ¡Pues bien! esos son los árboles de una isla. ¡Isla del amor, isla de Izezar, las olas no cesarán de bañar tus orillas, las aves de encantar tus bosques y las brisas de suspirar en tí el deleite!

«Allí, Celuta... Izezar habita la opuesta márgen del Meschacebé; yo tengo en esta mi cabaña; todas las noches atraviesa á nado ese brazo del río para trasladarse á la isla; pero siempre su Imley es el primero que llega. Recibo á Izezar en el momento en que sale de las aguas: la oculto en mi seno, le sirvo de abrigo y de vestido; nuestros besos son mas lentos que los de las brisas que acarician las flores del valle al declinar el día: dos hermosas serpientes negras se entrelazan menos estrechamente. Luego dormimos á la orilla del río, rivalizando en pereza con sus aguas.

«Muchas veces hablamos de la patria: cantamos á Nian-Zanbar (1) y los amores de los leones. Tomo todas las noches el adorno que ves, y que llevaba cuando era libre bajo las banderas de Madinga. Ejercito la fuerza de mi mano en los aires, y me parece que arrojo todavía la azagaya contra el tigre, ó que sepulto en la boca de la pantera mi brazo rodeado de una corteza. Estos recuerdos inundan mis ojos ven lágrimas mas dulces que las del benjuí ó que el humo de la pipa cargada de incienso. Entonces creo beber con Izezar la leche del coco bajo las arcadas de higuieras; imagino vagar con mi gacela á través de los bosques de caobos de acajús y sándalos.

«¿Cuán hermosa eres, Izezar mia! tú haces delicioso todo lo que tocan tus encantos. Yo quisiera devorar las hojas de tu lecho, porque tu lecho es divino, ¡oh hija de la Noche! divino como el nido de las golondrinas africanas, que se sirve en la mesa de nuestros reyes, y que componen con los despojos de las flores los mas preciosos aromas.»

Así hablando Imley, besaba el aire encendido que le rodeaba y encargaba al éter ardiente que fuese á buscar los labios de la mujer amada por el impaciente camino de los deseos.

La tierna Amelia exhaló entonces un gemido. Imley impuso sus dos manos sobre la cabeza de la madre y dijo: «Tú eres la mujer de las tribulaciones.»

A esto respondió Celuta: «Suplico al Gran Espíritu que Izezar tenga entrañas mas venturosas que las mías.»

«Hijo de los pueblos de Cain! tú replicaste con gran viveza: «Amo á Izezar como á una perla, pero nunca en su seno llevará un esclavo: el elefante me ha enseñado su sabiduría.»

Así conversando, la esposa de René é Imley llegaron á las chozas de los negros de la habitación. Los aplastados techos de estas chozas se dejaban ver entre erguidos girasoles. Imley y Celuta atravesaron unos plántios de platanos y batatas, que el esclavo africano cultivaba en sus breves momentos de ocio para

(1) Dios del bien.

su frugal subsistencia y la de su mísera familia. Una calma profunda reinaba en aquellos lugares; en aquella tierra extranjera y en el lecho mezquino de la esclavitud, el sueño mecía á aquellos desterrados en las placenteras ilusiones de la patria y de la libertad perdidas. Imley dijo en voz baja á Celuta: «¡Duermen mis hermanos negros! ¡Insensatos! restauran sus fuerzas para trabajar en provecho de un amo. Yo...»

La americana y el africano entraron en una choza cuya puerta abrió este lentamente. Imley se despojó de su taparabo, que ocultó entre unas pajas, diciendo: «Nuestros dueños creen que el traje de mi país es un fetiche que les acarrea calamidades.» Tomó luego el vestido de esclavo y despertó á una mujer; esta bajó de su hamaca de algodón azul, sopló unas ascuas medio apagadas, arrojando al hogar algunas cañas secas de azúcar, y una viva llamarada iluminó súbitamente el interior de la choza. Celuta reconoció á la negra Glarzina! Glarzina quedó inmóvil de estupor, y ambas rompieron en copioso llanto.

«Buena madre de los remotos países, dijo Celuta; tu tierna hija india está próxima á la muerte; mi seno se ha cerrado, pero creo que el tuyo permanece abierto á tu hijo.»

Glarzina respondió: «Creía no volver á verte. Mi dueño en los Natchez me ha vendido con Imley, porque me apiadé demasiado de tí en casa del buen blanco d'Artaguette. Mi amo no amaba la compasión: ¡he aquí mi alegría en la cuna!»

Glarzina descubrió una cuna cubierta con una estera, tomó su hijo, le acercó á uno de sus pechos, aplicó al otro la hija de Celuta y sentóse en tierra.

Cuando la esposa de René vió á aquella pobre esclava estrechar sobre su seno á las dos tiernas criaturas, tan extranjeras por su país, tan diferentes por su raza, tan iguales por su miseria; cuando la vió alimentarles prodigándoles esos sencillos cantares, ese lenguaje maternal, idéntico en todos los climas, dirigió al cielo la plegaria de la gratitud. Miraba aquellos dos frutos del amor, y comparandola estenuacion de su hija con la robustez del hijo de Glarzina, dijo con cierta mezcla de alegría, de dolor y de tierna envidia: «Mujer negra, ¡cuán grande y fornido es tu hijo! y no obstante, ¡tiene la misma edad que mi hija!»

«Mujer roja, respondió Glarzina levantándose; he empezado por tu hijo; toma ahora para tí esos plátanos, y bebe este jugo de una planta de mi país que te devolverá la fecundidad. Pero aléjate sin tardanza, porque el día va á nacer y mi nuevo amo aborrece las indias; no vuelvas á estas chozas, ocúltate en el bosque, é Imley te conducirá á un lugar secreto que sólo conocemos los esclavos. A mediodía iré á llevarte el sustento y á media noche lloraré contigo. Mi corazón no está formado del acero de los blancos, y no he nacido sin padre ni madre, aunque esta me vendió por un collar.»

Glarzina llenó una copa de madera de limonero de un líquido particular y la presentó á la viajera, como la madianita ofrecía un vaso de agua al extranjero, orillas del pozo del Zamello. Celuta vació la copa y salió con Imley que la llevó al lugar señalado.

A la hora en que las cigarras, vencidas por los ardores del sol, interrumpen su monótono canto, Celuta oyó un grito; el en que prorumpen los negros en el desierto para alejar las serpientes y los tigres. Poco despues vió á Glarzina que miraba si había algun blanco en las cercanías.

La negra, desliziéndose en el bosque, dejó un bulto al pié de un árbol y retiróse. Celuta se adelantó y tomó la calabaza allí depositada, que contenía leche para Amelia y frutos y tortas para ella; este comercio clandestino del infortunio y de la miseria se verificaba á la puerta del opulento y del venturoso!

Las sombras cubrieron de nuevo la tierra. Celuta

oyó á media noche un leve rumor y estendiendo su mano en la lobrete, encontró la de Glarzina; la prosperidad rechazaba la prosperidad, pero las lágrimas atraen las lágrimas; estas corren á mezclarse en los corazones de los seres infelices, á la manera que esas aguas simpáticas que se buscan á través de las hojas de un libro misterioso, y que hacen aparecer al confundirse los caracteres trazados de antemano por el amor.

La negra llevaba su hijo, y puso esta hostia pacífica en brazos de la india, que agradeció este cumplimiento según el impulso de la naturaleza. Las dos mujeres se sentaron luego bajo de un terebinto en una herbosa pradera, y allí hablaron con emoción de su hermano d'Artaguette, á quien una había salvado y otra presentado herido en el campamento de los franceses. Glarzina pronunció algunas palabras mágicas de su país sobre la hija de Celuta, de este frágil vaso diseñado apenas y devorado ya por las llamas en el horno ardiente de la vida. Despues, la negra abrió la parte superior de su túnica de esclava, donde tenia oculta una paloma, y devolvió la libertad á la blanca ave que llena de temor alargaba el cuello fuera del seno de la africana. Este emblema de un alma pura que se remonta á los cielos, huyendo de la cárcel de la vida, reproducía al mismo tiempo la idea de la libertad que Glarzina había perdido.

«¿Crees que mi hija va á morir, dijo Celuta, puesto que la paloma ha volado?»

—No, respondió Glarzina; la paloma ha llevado al temible Niang las palabras que en voz baja he murmurado, para curar tu hija.

—Obra á la usanza de tu país, repuso la india, pues me acostumbraré mejor á ellas que á las de la patria de los blancos.

Glarzina desdobló una hoja de caña en que había envuelto una concha del Océano africano, y dirigió á este fetiche reconversiones y ruegos. Celuta acercó á sus labios este manitú del infortunio. Religión de los desgraciados, ¡en todas partes eres la misma! Las amarguras tienen un origen comun: este origen es el corazón humano.

Aquellas mujeres salvajes, tan llenas de las maravillas de Dios, quisieron dormir sus hijos, y les colocaron sobre unas muelles pieles, una al lado del otro en los festones de una liana florida que bajaba de las ramas de un añoso liquidámbar: el hijo de Glarzina enteramente desnudo y negro como el ébano, y la hija de Celuta adornada con un collar, y deslumbradora como el marfil; luego mecieron suavemente la suspendida cuna. Celuta cantaba, y la naturaleza le inspiraba á la vez el tono y las palabras de su himno al Sueño:

«Hijos mas felices que vuestras madres, ¡sea vuestro sueño igualmente apacible! ¿No sois en esta rama de flores los dos genios del día y de la noche? Vosotros sois negro y blanco como estos dos gemelos celestiales.

«Uno ostenta la dorada cabellera de la mañana, el otro cubre su frente con el ligero crespon de la noche. Encantadoras avecillas, descansad juntos en este nido, y sed mas felices que vuestras madres.»

El acento de Celuta rebosaba melodía; salía de su alma, y esta era una lira pulsada por los ángeles. Impelida al reposo por la atenuacion gradual del movimiento de la rama, la inocente parejase entregó á al sueño; entonces, las solícitas madres confiaron á las brisas el cuidado de seguir meciedo á sus graciosos vástagos.

El maukawis empezaba á cantar la nueva aurora, y las dos amigas se dispusieron á separarse; pero antes de abandonar aquel lugar, agruparon algunas piedras, para dejar en ellas una señal á los siglos futuros, y las denominaron cada cual en su respec-

tiva lengua, el *Altar de las mujeres afligidas*.

La africana prometió volver, pero la india la esperó en vano porque no tornó á verla. Solo una vez creyó Celuta oír á lo lejos la voz de Glarzina: los vientos del otoño arrojan tal vez durante la noche á nuestras costas un ave del opuesto hemisferio; creemos hallar á la mañana el huésped de la tempestad; empero ha remontado su vuelo en alas del torbellino, y su grito nos trae desde las altas nubes su postrera despedida.

Despues de dos dias de inútil expectativa, Celuta resolvió proseguir su marcha, pues anhelaba tornar á ver á sus amigos. Partió y salvó los arroyos sobre las entrelazadas ramas, ligeros puentes que los salvajes arrojan á su paso; atravesó las lagunas saltando de raíz en raíz, ocultándose algunas veces á corta distancia de una habitación en que los blancos tomaban su alimento en el campo cultivado por ellos; y cuando se retiraban, acudía con una bandada de pajarillos que como ella recogian las migajas que de la mesa del hombre habían caído. Despues de una larga y fatigosa marcha, entró en sus bosques natales y llegó al fin á los Natchez.

El primer indio que se presentó á sus ojos fue Onduré. El verdugo reconoció la víctima; acercóse á ella y con voz suave la felicitó por su regreso. «¿Dónde está René? le preguntó Celuta; ¡Jefe cruel! ¿por qué te he encontrado primero que á cualquier otro?»

«Tu marido, le replicó el inicuo con una templanza de lenguaje que sus miradas desmentian, ha marchado por orden de los sachems, á cantar el calumet de paz á los illineses.»

Cuando esperamos un gran infortunio, todo lo que no es este infortunio nos parece una felicidad. «¡Vive!» gritó Celuta, y se sintió aliviada.

Los salvajes rodearon en breve á la sobrina de Adario, y Mila y Outougamiz se arrojaron á los brazos de su hermana.

«Soy la mujer de tu hermano! dijo Mila sollozando de alegría; pero soy siempre tu hija.

«¿Eres la mujer de mi hermano? respondió Celuta con un movimiento de placer que no acertaba á esplicarse; ¡ámale y participa de sus amarguras!

«Oh! repuso Mila, he llorado ya mas por él en algunos dias que por mí en toda mi vida.»

La viajera fue conducida á su cabaña, que halló destruida, como René la había tambien hallado á su regreso. Celuta dirigió una mirada de tristeza al valle, al río, al sendero de la colina medio oculto entre la yerba y á todos los objetos en que su vista descubria las tristes señales de la veloz huida del tiempo. La cabaña fue en breve restituida á su primer estado por Outougamiz y Mila, que fueron á vivir con su hermana.

La sencilla pareja no se atrevió á referir á Celuta, demasiado atribulada, lo que había pasado en los Natchez durante su ausencia; no se resolvió á notificarle los infortunios de Adario, las calumnias de que René era víctima y las virtuosas inquietudes de Outougamiz. La hija de Tabamica veia que se le ocultaba algun secreto; todo le parecia extraordinario: la ausencia de Chactas y de René, el establecimiento de los franceses en los campos de los indios, el disimulo de estos, que murmuraban palabras de paz con el mismo semblante con que hubiesen entonado el himno de guerra. Adario no había ido á ver á su sobrina; ¿dónde estaba? Celuta resolvió ir á buscarle y pedirle la esplicacion de aquellos misterios, y averiguar el paradero de René.

Cubierta de un velo salió de la cabaña cuando las estrellas ya espulsadas del Oriente por el crepúsculo, se habían refugiado á la parte occidental del cielo; deslizióse á lo largo de las praderas como los vapores matutinos que siguen la corriente de los rios; llegó á la gran ciudad y buscó la cabaña de Adario, pero

solo halló un montón de cenizas. Un cazador acertó á pasar por allí, y Celuta le dijo: «¿Cazador! ¿dónde está ahora la vivienda de Adario?» El cazador le mostró un bosque con su arco, y prosiguió su camino.

La hermana de Outougamiz se adelantó hacia el bosque, á cuya entrada vió la hija de Adario, que cual vigilante centinela observaba desde lejos los movimientos de este. El sachem vagaba con lento paso entre los árboles, semejante á los espectros de la noche que se desvanecen al rayar el día. Su calva cabeza y sus desnudos miembros brillaban humedecidos del rocío; y su hacha, tan formidable en los combates, descansando sobre uno de sus hombros y próxima á su oreja, parecía aconsejarle la insaciable venganza.

Celuta no se atrevía á acercarse al sachem, cuyos profundos suspiros oía. El anciano volvió brusca-mente la cabeza y gritó con amenazadora voz: «¿Quién sigue mis pasos?»

—Yo! respondió con timidez Celuta.

—Tú, sobrina mía! No me presentes tu hija, porque mis manos devoran.»

—No he traído mi hija, respondió la esposa de René, que abrazaba ya las rodillas del sachem. ¿Y mi prima? añadió Celuta con voz suplicante.

—Tu prima! repuso Adario; ¿dónde está? que venga! nada tiene ya que temer de mis abrazos.

La hija de Adario sentada en una piedra miraba desde lejos aquella escena con una mezcla de terror y de envidia, y corrió á la señal que le hizo Celuta; por primera vez despues de su regreso del fuerte de Rosalia, se sintió estrechada sobre el seno paterno por la misma mano que le arrebatara su hijo. Adario que escedía en la altura de su cabeza á las dos mujeres, y oprimiéndolas contra su pecho con su brazo armado del hacha, parecía un leñador pronto á cortar dos arbustos cargados de flores.

El sachem, desasiéndose de las caricias de las dos mujeres, exclamó: «No es tiempo de llorar como un débil siervo; ¡sangre, sangre necesitamos! Mostrando con una mano la tierra á Celuta y con la otra la bóveda de los árboles, le dijo: «¿Qué aquí la cama y el techo que los extrajeros me han dejado.»

«Si han derribado tu cabaña, replicó Celuta, tus hijos podrán construirte otra.»

Los labios de Adario temblaron convulsos, su mirada se estravió, y tomando la mano de su sobrina, le dijo: «Mis hijos! ¡mis hijos, ya libres, no reconstruirán mi choza en la tierra de la esclavitud!»

Adario rechazó con violencia la mano de Celuta. La hija del terrible sachem ocultaba con sus cabellos el rostro bañado en lágrimas. Celuta advirtió entonces que su prima no llevaba consigo su hijo, y concibió una horrible sospecha de la verdad.

La esposa de René creyó debía calmar unos dolores cuya causa ignoraba aun, mediante algunas palabras de amor. «Sachem, dijo, tu eres una muralla para los Natchez; espero que mi esposo volverá pronto cargado de collares pacíficos.»

—No llares á tu marido, dijo el viejo, no llares al pérfido vomitado sobre estas orillas por la cólera de Athaénsia. Si aun le profesas algun afecto aléjate de mi vista; ¡no manche la huella de tus pasos el peñasco que de lecho me sirve!»

«Ah! exclamó Celuta; hé aquí el principio de los misterios cuya esplicacion he venido á pedir. ¿Qué ha hecho René? ¿Adario! habla ¡ya te escuchó!»

Adario, apoyado en una encina, repitió á Celuta la larga serie de calumnias forjadas por Onduré. A este discurso que hubiera debido aterrarla, mostró un aire tranquilo, un continente osado y exclamó: «Respiro, querido y desgraciado esposo! Si alguna vez he sospechado de ti, ahora apareces á mis ojos tan puro como el rocío del cielo. Aunque el mundo entero te declare culpable, yo te proclamo inocen-

te; aunque el universo te deteste, yo tengo el valor de amarte sin rival. ¡Yo abandonarte, cuando te ves calumniado y perseguido!»

Las almas grandes se comprenden: Adario admiró á su sobrina y le dijo: «Tu eres de mi sangre, y por esto el amor á la patria triunfará en tu corazón del amor á un hombre. ¿Qué puedes objetar á lo que te he contado?»

—¿Qué puedo objetar? replicó con viveza Celuta; la desgracia de René. ¿Culpable mi esposo! No lo es; harto has dicho, Adario, para que yo le juzgue inocente. ¿No has llegado hasta hablarme de Mila? Solo á mí incumbe lo que con mi corazón se relaciona; solo á mí atañe devorar mis pesares, si los tengo; pero intentar que yo dé credito á traiciones contra los natchez, haciéndome ceder al resentimiento de una infidelidad que solo á mí concierne! ¡Sachem! ¡me ruborizo por tu virtud! ¡Yo ignoraba que tu varonil corazón se mostrase tan docil á rencillas mujerieles!

Encendido el furor de Adario, este no vió en tal heroísmo del amor conyugal sino la debilidad de un espíritu fascinado por una pasión. Herido por las palabras de Celuta, exclamó: «¿Tiembla, miserable esclava de un blanco! ¡teme que un amor indigno te haga dudar de tus deberes! Sabe que si la patria exige tu sangre, esta mano con que he estrangulado á mi nieto sabría hallarte.» Adario, alejándose de la encina en que estaba apoyado, fue á buscar la caverna de los osos, para sustraerse en ella á la vista de los hombres, tan insensible al mal que ha causado como el puñal que no siente las palpaciones del corazón que ha despedazado.

El golpe había penetrado hasta las fuentes de la vida; la víctima se debatía contra el dardo en el momento que este la hería; pero á la herida fría sucede dolor agudo. Celuta no daba asenso al crimen de René, pero bastaba que se acusase al hombre á quien amaba para que se sintiese traspasada de dolor; no creía en la inconstancia de su esposo, ni podía imaginar que René hubiese sido capaz de dar por esposa á su amigo su propia querida. Empero, ¿qué pueden la razón, la elevación de los sentimientos, la generosidad de carácter contra las vagas sospechas que atraviesan el corazón? Las resistimos, las rechazamos; ¡vano intento! esas sospechas renacen como los molestos ensueños que se reproducen en el discurso, de un sueño abrumador.

Celuta regresó con trémulo paso á su cabaña, donde halló á sus amables huéspedes. «Hermano mío, dijo al entrar; nada ignora: se trama algun complot; salvemos á tu amigo!»

—¡Esto es hablar bien! dijo Mila, mostrando la generosa resolución de su ánimo en su agraciado semblante. No es hablar como tu, Outougamiz, que te muestras triste como un corzo herido; salvemos á René; esto es lo que yo decía poco há.

Las dos hermanas y el hermano se sentaron juntos en la misma estera, acercaron sus cabezas y se pusieron á examinar por qué medios podrían salvar á René. Las conspiraciones de los buenos no son como las de los perversos; es fácil dañar, pero muy difícil reparar. El fondo del secreto era ignorado de la esposa, del amigo y de la amiga de René; por lo cual no podían aplicar remedio alguno á un mal cuya naturaleza les era desconocida. A Mila no le ocurría otra idea que dar muerte á Onduré, y sostenía con su carácter resuelto al hermano y á la hermana, cuyas almas, decía, eran tan pesadas como el vuelo de un águila blanca. «Los sachems, añadía Mila, tienen mas sabiduría que nosotros, pero no aman. Opongamos nuestros corazones á sus cabezas, y sabremos obrar cuando llegue el momento oportuno.»

Próximo á consumir sus iniquidades, Onduré sentía exasperarse sus pasiones. Celuta, de regreso de

su penosa peregrinacion, pareció divina á los ojos del protervo. Una mujer que llora, una mujer que acaba de dar cima á cosas extraordinarias, presenta atractivos irresistibles, porque cuando mas se eleva el alma al cielo, mas se cubre el cuerpo de gracia; el criminal para su suplicio como para el de su víctima ana especialmente la hermosura inherente á la virtud. «¿Cómo! decía Onduré, esta mujer tan apasionada de mi rival, no me concederá ni una sonrisa! ¡serás mía, Celuta! ¡saciaré en tí mis deseos, aunque estés en los brazos de la muerte!»

En medio de su triunfo, Onduré experimentaba no obstante, una viva inquietud; los zelos de la Mujer-Jefe, amortiguados durante las discordias en los Natchez y la ausencia de Celuta, despedían ya nuevas llamas, amenazando al tutor del Sol con una explosión que le hubiese perdido. Poco faltó para que una escena inesperada, produjese la catástrofe que temía.

La fiesta de la pesca había sido anunciada; fiesta sagrada á la cual nadie podía dejar de asistir, por lo cual Celuta concurrió á ella con Mila y su hermano, el gran sacerdote mandó que empezase el baile general de las mujeres. La hermana de Outougamiz, se vió precisada á figurar en aquel coro religioso, conmovida por sus recuerdos y dejándose llevar por una imaginacion impresionable, empezó á hacer hablar sus pasos, porque el baile tiene tambien su lenguaje; ora levantaba sus brazos al cielo, como el ramo de un suplicante; ora inclinaba su cabeza como una rosa que se dobla sobre el flexible tallo. El aire de languidez y de tristeza de Celuta añadía un nuevo encanto á sus gracias.

Onduré devoraba con los ojos la interesante salvaje, mientras Akansia que no la perdía de vista, se sentía próxima á ruir como una leona. En la fascinacion de su frenético amor, creyóse capaz de luchar con su rival, y bajó á tomar parte en el baile, pero sus movimientos eran duros; sus manos se agitaban convulsas, y sus pasos se marcaban por intervalos breves y acelerados: el crimen pesaba sobre el resorte que la estremecía. Avergonzado por ella, el tutor del Sol apartó, su vista: la Mujer-Jefe lo advirtió, pero no teniendo el valor de cesar ni de continuar el baile, se puso á girar sobre sí misma, exhalando una especie de ahullidos.

Entonces Mila, que quiso acompañar á su hermana y burlarse de Akansia, se presentó en el baile. Sus pies y sus brazos se desplegaban en graciosos y flexibles movimientos; balaceábase como un álamo tierno acariciado por las brisas: brillaba en sus labios la sonrisa del amor, la embriaguez del placer en sus ojos: asemejábase á un gamo que trisca ó á un ave que vuela; se mecía, flotaba y nadaba en el aire como una mariposa.

El contraste que presentaban las tres mujeres admiraba á los Natchez y á los franceses allí presentes: el dolor, los zelos y el placer mezclaban sus pasos. Un himno que por lo regular se cantaba en aquella ceremonia, era repetido en diálogo por las bailarinas; Celuta decía:

«Retírate, vagabunda del desierto! el rumor de tu llanto me es mas detestable que el de la ráfaga de viento que destruye las mieses; aborrezco los desgraciados. Mi cabaña se goza en la soledad; nunca un sepulcro me ha obligado á torcer mi camino, ni lo piso y paso sobre su yerba.»

La Mujer-Jefe respondía:

«Yo soy extranjera; soy la serpiente negra que no daña. Mi esposo está lejos, mi hijo va á morir; matrona de la cabaña solitaria, sé buena, aplaca mi hambre, y los genios te recompensarán; el hombre á quien amas no estará lejos ni tu hijo próximo á la muerte.»

Mila replicaba:

«Ven, ven á mi cabaña, pobre extranjera; ¡desgraciado aquel que rechaza el infortunio! ¡Ven, y no imploras mas á esa matrona! Es una mujer de sangre; sus manos son homicidas, los labios de su hijo no acariciaban su seno, sino que le hacian sufrir. Cuando su hijo le decía: ¡Madre! ella no sonreía: Ven á mi cabaña, pobre extranjera; desgraciado aquel que persigue la inocencia!»

Era tiempo de que cesase el baile, pues Celuta y Akansia estaban próximas á desvanecerse. La casualidad, que acababa de poner en sus labios el canto opuesto á su situación y á su carácter, las abrumaba. ¡Qué lección para la Mujer-Jefe! El perseguidor había tomado momentáneamente el lugar del perseguido, para que el primero tuviese una idea de su injusticia. Cuando al final del canto las tres mujeres confundieron sus voces, salieron de estas unos sonos que arrancaron un grito de asombro á la muchedumbre. La madre del Sol dejó bruscaamente los juegos haciendo á Onduré una señal para que la siguiese, y él no se atrevió á desobedecerla.

La impura pareja llegó á la cabaña del Sol, donde Akansia estalló en amargas quejas, exclamando: «He aquí ha quien he sacrificado todo! ¡Honor, tranquilidad, virtud, todo, todo ha perecido en la fatal pasión que me devora! Por tí he entregado mi alma á los malos genios; por tí he accedido á que fuese asesinado el Gran-Jefe. He aprobado todas tus intrigas, y esclava de tu ambicion como de tu amor, me he desmerado en complacer los menores caprichos de tus crimenes. Tan feliz cuanto es posible serlo bajo el peso de una conciencia agitada, yo me decía: ¡Me ama! ¡Espíritu de las sombras, enséñame lo que es preciso hacer para conservar tu corazón! ¿Con qué nueva maldad debo mancharme, para dar mas encanto á mis caricias? Habla, que estoy pronta: infrinjamos las leyes, usurpemos el poder, sacrifiquemos la patria, y si necesario es, al niño real que he llevado en mis entrañas!»

Estas palabras que salían á manera de turbulentas oleadas, de un pecho que las había retenido mucho tiempo, sofocaron á la miserable Akansia, que cayó en las convulsiones de su desesperacion á los pies de Onduré. Temiendo las revelaciones que podía hacer, este monstruo abrigó por un momento la idea de ahogar á su cómplice en medio de aquella horrorosa crisis de remordimientos, antes que el arrepentimiento la devolviese á la inocencia, pero necesitaba aun el poder de la Mujer-Jefe; procuró pues restituirla al uso de sus sentidos calmándola con palabras de amor. «No tornarás á engañarme le dijo ella; asaz crédula te he sido! ¡he visto idolatrar con tus miradas á mi rival; ¡has visto apartarse de mí con repugnancia! Rechazo unas caricias de que acaso te acriminas, ó que al prodigármelas, las ofreces en el secreto de tu corazón á esa Celuta á quien desprecio.»

Akansia se detuvo como aterrada por lo que iba á decir: manchados sus ojos de sangre, su hinchado seno rompió los lazos de flores que lo ataviaban. Acercóse al alarmado jefe, apoyó sus manos en los hombros de él, y hablando con ahogada voz casi sobre los labios del traidor le dijo: «¡Escucha! ¡No necesito ya amor, necesito ahora venganza! ¡Pues yo he secundado tus planes, secunda tú los míos! Quede Celuta envuelta con su marido en el estermio que meditas; quiero tomar de tu mano esa cabeza encantadora, para presentarla, asida de sus ensangrentados cabellos, á tus besos. Si titubeas en ofrecerme neste presente, mañana mismo reuniré la nacion, y devolviendo á la virtud el brillo oscurecido por tí, descubriré tus crimenes y los míos, para que juntos merecamos el castigo debido á nuestra iniquidad.»

Akansia, con los ojos fijos en los de Onduré, intentaba sorprender sus pensamientos. «¿Es eso lo que pides para cerciorarte de mi amor? respondió

«aquel hombre infernal con helado acento; quedarás satisfecha, y pues me has entregado la persona de René, yo te entregaré la de Celuta.»

«Pero antes que sea tuya! respondió con viveza Akansia.»

Estas palabras hicieron fruncir el ceño á Onduré, pues vió habia sido adivinado; y retrocediendo algunos pasos, exclamó: «¿Es preciso prometerte todo?» El réprobo salió meditando un crimen que le librara del temor de ver divulgados los que ya habia perpetrado. Los abominables amantes se separaron penetrados del horror que mutuamente se profesaban, que al solo recuerdo de lo que uno y otro habian descubierto en sus almas, se erizaban sus cabellos.

Celuta, cuya cabeza acababa de ser pedida y prometida, habia vuelto á su cabaña mas lánguida que nunca, pues ballara á Amelia devorada por una intensa calentura. Mila la tomaba en sus brazos y le decia: «Hija de René, si mueres, iré todas las mañanas á respirar tu alma en los perfumes de la aurora.» Luego te devolveré á Celuta, porque ¿qué sería de nosotros si otra mujer te robase á nuestro cariño, si bajaras, por ejemplo, al seno de Akansia?»

Outougamiz que escuchaba este tierno monólogo, exclamó: «Mila! tu eres toda nuestra alegría y toda nuestra tristeza. ¿Acaso vas á recoger en breve un alma? Tentacion me das de morir, para renacer en tu seno.»

La idea de la muerte, á pesar de hallarse tan embellecida por esta risueña creencia, no podía sin embargo entrar en el corazón de una madre sin intimidarla. Esta triste madre pedía en vano nuevas de su esposo, pues no habia vuelto á hablarse de René despues de su partida. Chactas estaba ausente; el capitán d' Artaguette y el granadero Santiago despues de haber pasado un momento en el fuerte de Rosalia, habian sido enviados á un puesto avanzado en la frontera de las tribus salvajes; faltaban á la vez todos los apoyos á Celuta, y por colmo de aislamiento, iba á verse privada del de Outougamiz.

Sentada una noche con su hermana á alguna distancia de su cabaña, oyó cierto rumor entre las tinieblas. Mila aseguró veía un fantasma. «No es un fantasma, dijo Imley, sino yo que vengo á visitar á Celuta.» «Guerrero negro, exclamó esta, ¿quien te trae aquí? ¿Viene contigo Glazirna, la paloma extrajera que dió calor bajo sus alas á mi tierna palomilla?»

—Glazirna continua esclava, replicó Imley, pero yo he roto sus cadenas y las de Izefar. Onduré, el famoso caudillo, me alimenta en el bosque, mientras se verifica la asamblea en el gran lago.

—¿De qué asamblea hablas? preguntó alarmada Celuta.

—¡Calla! repuso Imley; este es un secreto que no sé sino á medias, pero Outougamiz será mi compañero de viaje. ¡Todos seremos libres, Celuta! Izefar se halla conmigo y desde que está fugitiva es mas hermosa. Si la vieses entre las altas yerbas donde la oculto durante el día, la tomarías por una leona; al llegar la noche, paseamos hablando de nuestro país, á donde en breve regresaremos. ¡Oigo ya el canto del gallo de mi cabaña, veo ya á través de los árboles el humo de las pipas de los Zangares! Imley, bailando y cantando, se internó en el bosque, mientras Mila reía y admiraba aquella especie de caribú negro.

La indiscreta ligereza del africano despertó en Celuta nuevas inquietudes; ¿cuál era el viaje que debía emprender Outougamiz, viaje del cual este nunca habia hablado?

Outougamiz no habia podido hablar de él, porque ignoraba aun lo que en breve iba á saber. Imley, jefe de los negros que Onduré habia sustraído á sus amos, para armarlos un día contra los blancos, ignoraba también el fondo de aquella maquinación; conocía

únicamente algunos pormenores que se habia creído necesario revelar para sostener su valor y el de sus compañeros.

Pocas horas despues que Imley, se dejó ver Adario: este fué á la cabaña de Celuta á buscar á su sobrino, y llevándola á un campo estéril y devastado donde era imposible una sorpresa, le habló en estos términos:

«La asamblea general de los indios para deliberar acerca de la emancipacion de las carnes rojas, ha sido convocada, en nombre del Gran Espíritu, por los Natchez. Cuatro mensajeros han sido enviados con el calumet de alianza á los cuatro puntos del horizonte: las guerras particulares están suspendidas por algunos momentos. El calumet ha sido entregado á la primera nacion que los mensajeros han hallado; esta nacion lo ha entregado á otra, y así sucesivamente hasta las regiones en que la tierra está limitada por el cielo y el agua; ninguna tribu ha desobedecido la órden de Kitchimanitú (1). Los diputados de todos los pueblos marchan ya al punto de reunion fijado en la roca del gran lago. El Consejo de los sachems te ha nombrado con el sacerdote y el tutor del Sol para asistir á la asamblea general.»

«Outougamiz! es preciso partir: ¡la patria te reclama! muéstrate digno de la eleccion de los ancianos. No obstante, si te sientes débil, dímelo, para queelijamos otro guerrero que aspire á inmortalizar su nombre. En tal caso, vestirás la túnica de la vieja matrona; durante el día irás á los bosques á cazar pajarillos con flechas de niño, y al llegar la noche volverás en secreto á los brazos de tu esposa, que te defenderá y te dará hijas con quienes nadie querrá casarse.»

Outougamiz miró al sachem con lágrimas de indignacion y le dijo: «¿Qué he hecho para merecer que mi tio me hable de este modo? ¿Cuándo me he negado á derramar mi sangre en pro de mi patria? Si alguna vez he profesado algun apego á la vida, no es en este momento.»

—Alimenta tan noble ardor, exclamó Adario: ¡sí! veo que te hallas dispuesto á sacrificar....

—¿A quién? repuso vivamente Outougamiz.

—A tí mismo, le contestó el sachem, que conoció la imprudencia de la palabra medio pronunciada por sus labios. Ve, pues, sobrino mio, á ocuparte de tu partida, y sabrás lo restante en la roca del gran lago. Adario dejó á Outougamiz, que entró en la cabaña de René lleno de una nueva tristeza cuya causa no acertaba á explicarse. Sabido es ya por qué refinamiento de rencor y de crimen habia querido Onduré que Outougamiz asistiese á la asamblea general, para ligarle por medio de un juramento que no pudiese romper.

Mila y Celuta que observaban á su esposo y hermano, le vieron preparar sus armas en un lugar oscuro de la cabaña, y le oyeron decir luego á su cadena de oro, que sacó de su pecho: «Manitú! ¡te llevaré conmigo? ¡Sí! los guerreros dicen que me darás la muerte; quiero, pues, guardarte!» Las dos hermanas estaban atónitas al oír á Outougamiz hablar en estos términos.

—Hermano mio, le dijo Celuta, ¿vas á emprender un viaje?

—Sí, hermana mia, le respondió el guerrero.

—¿Estarás ausente mucho tiempo? preguntó Mila; sé que vas á la roca del gran lago.

—Es verdad, dijo Outougamiz; pero como lo sabes? Es preciso partir, pues se trata de salvar la patria.

Mila no pudo responderle, y sentada en su estera vertía acerbos lágrimas; en aquel momento se presentó un alloué de la guardia del Sol, y dijo á Ou-

(1) El Gran Espíritu.

tougamiz: «¡Guerrero, los sachems reunidos te esperan!»

—Te sigo, replicó Outougamiz, á quien abrazaron á la par Mila y Celuta, preguntándole entre sollozos: «¿Cuándo volveremos á verte?»

—Las yedras, dijo Outougamiz, no abrazan sino á las añosas encinas; yo soy aun muy jóven para que os enlaice á mi, porque no podría prestaros apoyo.

—Si yo llevase tu hijo en mi seno, dijo Mila, ¿me abandonarías? ¿Qué será de nosotras sin René y sin Outougamiz?

—¡Mila! eres sabia como una vieja matrona, replicó su esposo.

—No fies en mis cabellos blancos, respondió Mila con melancólica sonrisa, pues son como la nieve en la montaña, que se derrite al primer rayo del sol.

Como el alloué instaba á Outougamiz para que se pusiese en camino, Celuta exclamó:

—¡Gran Espíritu! haz que nos traiga la felicidad! ¡Ah! esta plegaria no llegó al cielo. Las dos mujeres permanecieron en el dintel de la cabaña escuchando los pasos de Outougamiz que resonaban en la noche; y cuando dejaron de oírlos, lloraron hasta el amanecer.

Al llegar á la gruta de los sachems, Outougamiz supo que el sacerdote y Onduré con su comitiva y los presentes habian partido ya, y que debia reunirse á ellos. Los ancianos exhortaron al hermano de Celuta á sostener el honor y la libertad de su patria. El mismo guardia que le habia llevado al consejo le condujo al bosque, donde se cruzaban diferentes caminos. Outougamiz marchó hácia el Norte, y halló al sacerdote y á Onduré en el lugar señalado: este lugar era la fuente á cuya márgen Celuta habia hallado á su esposo y hermano al regreso de estos del país de los Illineses.

En la costa septentrional del Lago Superior álzase una roca de inmensa altura; cubre su cima un bosque de pinos, y de este bosque sale un torrente que precipitándose en el lago parece una zona blanca suspendida en el cielo. El lago se dilata como un mar sin límites, y la isla de las Almas se divisa apenas en el vaporoso horizonte. En las costas del lago, la naturaleza se ostenta en toda su magnificencia salvaje. Los indios refieren que desde el vértice de la Roca Aislada el Gran Espíritu examinó la tierra despues de haberla formado, y que en memoria de tal maravilla quiso que una parte de esta tierra fuese visible desde el lugar en que habia contemplado la creacion al sacarla de sus manos.

En aquella roca, testigo de las obras del Gran Espíritu, debian reunirse todas las naciones indias. Una flota tan numerosa como estraña empezaba á reunirse al pié de la gigantesca roca; la pesada canoa del iroqués vogaba al lado de la leve canoa del huron; la piragua del illinés, formada de un solo tronco de encina, flotaba no lejos de la balsa del pannis, y la barca redonda del putués era mecida por la misma ola que balanceaba el odre del esquimal.

Los diputados de los Natchez treparon la roca salvaje, acompañados por indios jóvenes de todas las tribus. En las dos orillas del bramador torrente y en la espesura del bosque construyeron, derribando los robustos pinos, una sala cuyos asientos eran los rudos troncos de cien tendidos árboles. En medio de aquel imponente anfiteatro encendieron una inmensa hoguera.

Habiendo ya llega lo todas las naciones subieron á la roca del Gran Espíritu y ocuparon unas tras otras el preparado recinto.

Los iroqueses fueron los primeros que se presentaron, pues ninguna otra nacion hubiera osado anticipárseles. Aquellos guerreros tenian afeitada la cabeza, á escepcion de un mechón de pelo que con algunas plumas de cuervo componia una especie de

diadema; su frente estaba pintada de encarnado; rapadas sus cejas y sus desmesuradas orejas recortadas caian sobre su pecho. Cargados de armas europeas y salvajes, llevaban una carabina pendiente de sus hombros, un puñal en la cintura y una maza en la mano. Alivo su talante y audaz su mirada, eran los republicanos de la naturaleza. Solo ellos entre todos los salvajes habian resistido á los europeos y subyugado á los indios de la América Septentrional; el Canadá era su patria. Entraron en la sala del Consejo ejecutando el paso de una danza guerrera, y tomaron á la derecha del torrente el puesto mas honorífico.

Despues de ellos se dejaron ver los algoquinios, restos de una nacion en otro tiempo tan poderosa, y que despues de tres siglos de guerra los iroqueses habian exterminado casi enteramente. Su idioma, que era el idioma culto del desierto, como las lenguas griega y romana en el mundo antiguo, atestiguaba su pasada grandeza. Solo tenian dos diputados jóvenes: estos, de alta estatura y de marcial continente, sin ostentar adornos ni pinturas, entraron mesuradamente y sin bailar en el anchuroso recinto. Pasaron delante de los iroqueses con la cabeza erguida, y se colocaron en silencio á la izquierda del torrente cara á cara de sus enemigos.

Siguieron los hurones: estos salvajes, vivos, ligeros, animosos, dotados de animado y espresivo semblante, eran los franceses del Nuevo Mundo. Constantes aliados de Ononthio (1) y enemigos de los iroqueses, ocupaban algunas barracas al rededor del Quebec. Precipitáronse en la sala del consejo, y dirigiendo una mirada burlona á los iroqueses, sentáronse cerca de sus amigos los algoquinios.

Un sacerdote seguido de un anciano, y este de un guerrero de edad provecña, se colocaron cerca de los hurones; el vestido del sacerdote se reducía á una tela encarnada, dispuesta á manera de banda en su derredor; llevaba en la mano dos carbonos encendidos, y murmuraba en voz remisa algunas palabras mágicas; el anciano que le seguía era un sagamo ó un rey; sus largos cabellos pendian sobre sus hombros, y su desnudo cuerpo estaba recargado de geoglíficos. El guerrero que en pos del anciano marchaba, llevaba en la cabeza una cuna en honor de los niños, objeto de culto en su país. Aquellos tres salvajes, representantes de las naciones abenaguesas, habitantes de la Acadia y de las costas del Canadá, sentáronse á la izquierda de los iroqueses.

Un hombre cuyo aspecto anunciaba la magestad caída, fue el quinto que se presentó en la roca. Un manto formado de plumas de cotorra y de otras matizadas aves, colgado á su cuello por medio de un cordón, se agitaba á su espalda á guisa de unas alas. Era un emperador de aquellos antiguos pueblos que habitaron en otro tiempo la Virginia, y que posteriormente se retiraron á las montañas limítrofes de las Carolinas.

Otro resto de las grandezas salvajes seguía al emperador virginiano: era un jefe de los paraustis, razas indígenas de las Carolinas, casi totalmente exterminadas por los europeos. Este príncipe era jóven y ostentaba un semblante altivo pero de bondadosa espresion; todo su cuerpo embadurnado de aceite, tenia un color cobrizo, un andrógino, ser de dudosa naturaleza muy comun entre los paraustis, llevaba las armas de aquel cacique. Un ionas, sacerdote, ó un bardo, le precedía tañendo un instrumento de caprichosa forma.

Presentáronse entonces los diputados de las naciones confederadas de la Florida: los famosos ericos, moscogulgos, siminoles y queroqueses. Una nariz aguileña, una frente espaciosa y unos ojos rasgados, diferenciaban estos indios de los demás salvajes; una

(1) El gobernador del Canadá.

especie de faja ceñía su cabeza, á que daba sombra un penacho, y llevaban una camisa europea muy abucada, á manera de túnica ceñida por la cintura; el mico ó el rey marchaba á su cabeza; unos esclavos reunidos y unas mujeres graciosas les seguían. Toda aquella comitiva entró con grandes ceremonias: las naciones ya sentadas se levantaron, excepto los iroqueses, y cantaron á su paso. Los ericos se sentaron en el fondo de la sala en los troncos de pino que daban frente al lago, y que aun no estaban ocupados.

Los chicassaws y los illineses, vecinos de los natchez, se les parecían en el vestido y las armas. Después de ellos desfilaron los diputados de los pueblos trans-meschacebeanos: los clamotes, que soplaban á su paso la oreja de los demás salvajes para saludarles; los cenís, que llevaban en el brazo izquierdo una pequeña rodela de cuero para detener las flechas; los macoulas, que habitaban una especie de colmenas como las abejas; los cachenouks, que habían aprendido á batallar á caballo, que manejaban una honda con el pie y rompían en su galope la cabeza del enemigo, y los ouras de aplastado cráneo, que marchaban imitando la danza del oso, y cuyas mejillas estaban atravesadas por espinas de diferentes pescados.

Unos salvajes de menguada estatura, de benigno y tímido aspecto, cubiertos con un vestido que les bajaba hasta la mitad de los muslos, se adelantaron á su vez; ostentaban en la cabeza unos manojos de plumas, en la mano unos quipos, y en brazos y cuellos collares de aquel oro que les fue tan funesto. Un cacique llevaba delante de sí el primer calumet enviado desde la isla de San Salvador para anunciar á las naciones americanas la llegada de Colón; en aquellos salvajes reconocieron todos los tristes restos de los mejicanos. Mientras pasaron, reinó en la asamblea un profundo silencio.

Los sioux, pueblo pastor y antiguo huésped de Chactas, hubieran cerrado la marcha, si á sus espaldas no se hubiesen dejado ver los esquimales. Un triple par de escares y de botas forradas abrigaban los muslos, las piernas y los pies de aquellos salvajes; dos casacas, una de piel de cisne y otra de piel de vaca marina cubrían su cuerpo; un capuchon echado hacia adelante apenas permitía ver sus ojos pequeños y cubiertos con anteojos; y un mechón de pelo negro que les caía sobre la frente, se reunía á su roja barba. Llevaban atraillados unos perros que parecían lobos; con la mano derecha empuñaban un harpon, y con la izquierda un odre lleno de aceite de ballena.

Estos infelices bárbaros, objeto de horror para los demás salvajes, fueron rechazados de todas las filas entre que intentaron sentarse; pero el cacique mejicano les llamó y les hizo lugar á su lado; Outougamiz le dió gracias por su hospitalidad. Completa ya la asamblea, celebróse un gran festín. Los guerreros de las diferentes naciones se admiraban de no ver allí á Chactas, pues todos se creían convocados por su orden, y los ancianos habían llevado sus hijos para que fuesen testigos de su sabiduría. Onduré tartemudeó algunas excusas, en las que cualquiera que conociese sus antecedentes, hubiera descubierto sus crímenes.

La deliberación debía empezar al ponerse el sol. Outougamiz, ignoraba lo que iba á serle revelado, pero presentía algún suceso fatal. La entrada de aquel rústico y extraño salón miraba al Poniente, de manera que los diputados sentados en el bosque sobre los troncos de los pinos descubrían la grandiosa perspectiva del lago y el sol inclinado sobre el horizonte; la hoguera ardía en medio del Consejo. La erguida roca sostenía en las regiones del aire, como sobre un inmenso pedestal, aquel bosque contemporáneo de la tierra y aquella asamblea de

salvajes que iba á deliberar sobre la libertad del mundo.

No bien el magestuoso disco del sol tocó las aguas del lago, mas allá de la isla de las Almas, el sacerdote de los Natchez, extendiendo sus brazos hacia el astro del día, exclamó: «¡Pueblos, levantaos!» Cuatro intérpretes de las cuatro lenguas madres de América, repitieron el mandato del sacerdote, y los diputados se levantaron.

Reinó algunos instantes un silencio sepulcral; oíase tan solo el ronco estruendo del torrente que corría soberbio en medio del Consejo, y que cesaba de rebramar al precipitarse en el lago al que llegaba convertido en levisimo vapor.

Todas las miradas estaban fijas en el sacerdote: este desenvolvió lentamente un rollo de pieles de castor, en cuyo último pliegue se ocultaban algunos huesos humanos.

«¡He aquí, exclamó el sacerdote, estos formidables testigos! ¡Huesos sagrados! ¡descansareis todavía en una tierra libre! ¡Sí! ¡por vosotros vamos á emprender cosas no vistas aun! sobre vosotros vamos á prestar el juramento de un secreto mas profundo que los abismos de la tumba de que os hemos desenterrado.»

El sacerdote se detuvo y exclamó de nuevo: «¡Pueblos, jurad!» Luego pronunció en estos términos la fórmula del mas terrible de los juramentos.

«Por el Gran Espíritu, por Athaënsia, por las cenizas de nuestros padres, por la patria y por la libertad, juro adherirme fielmente á la resolución que se adopte, ya en general por todos los pueblos, ya en particular por mi nación. Juro que, sean cuales fueren las medidas que los pueblos en general ó mi nación en particular adopten en esta asamblea, guardaré un inviolable secreto. No revelaré este secreto ni á mis hermanos, ni á mis hermanas, ni á mi padre, ni á mi madre, ni á mi mujer, ni á mis amigos, y mucho menos á aquellos contra quienes estas medidas puedan ser adoptadas. Si violo este secreto, mi lengua sea cortada en pedazos, entiérreseme vivo, persígame Athaënsia, mi cadáver sea entregado á las moscas y mi alma jamás llegue al país de las almas!»

Agitado por el génio de la muerte, el sacerdote enmudeció y recorrió con estraviados ojos la asamblea, poseída de glacial terror. Súbitamente, los salvajes, levantando la armada diestra, gritaron unánimes: «¡Lo juramos!»

El sol traspuso el horizonte en aquel solemne momento, el lago azotó sus agrestes orillas, el bosque murmuró, la hoguera del Consejo despidió negra bocanada de humo, y los carcomidos huesos se estremecieron. Outougamiz ha jurado.

«¡Ha jurado! y, ¿cómo se hubiera eximido de pronunciar el terrible juramento? La religión, la muerte y la patria, habían hablado, y cien ancianos prometían guardar un profundo secreto acerca de la emancipación de todas las naciones americanas.»

Onduré, que había previsto este inevitable compromiso de Outougamiz, dirigió una mirada de bárbaro júbilo al desventurado, que sintió pasar sobre su cabeza, cual una exhalación de fuego aquella satánica mirada. Levantó los ojos, y leyendo su infortunio en el semblante del monstruo, lanzó un agudo grito y exclamó: «¡René ha muerto! ¡he asesinado á mi amigo!»

Este grito y la desesperación que le siguió trastornaron la asamblea. Onduré dijo en voz baja á los sachems que aquel sobrino del gran Adario, padecía á ratos accesos de locura, efecto del sortilejo de un hechicero de la carne blanca. Los sacerdotes rodearon al joven salvaje y pronunciaron sobre él algunas palabras misteriosas. Outougamiz, al recobrase del extravío en que le sumiera su dolor, no se atrevió á

lamentarse mas en presencia de los ministros del Gran Espíritu, y escuchó en silencio la deliberación que daba principio. Quedábase aun una vaga esperanza de hallar un medio de sustraerse á las catástrofes que preveía, pero que sin embargo no conocía, puesto que ignoraba lo que iba á ser propuesto.

Onduré tomó la palabra en nombre de los Natchez. Seis sachems, encargados de guardar en su memoria el discurso de este cacique, se distribuyeron las tablillas destinadas á anotar la parte del discurso que cada uno debía retener.

«El árbol de la paz, dijo Onduré, extendía sus frondosas ramas sobre toda la tierra de las carnes rojas, que se juzgaban solas en el mundo. Nuestros padres vivían reunidos á la sombra del árbol protector; los bosques no sabían qué hacer de sus corzos, y los lagos de sus peces.»

«Dad doce collares de porcelana azul.»

El sacerdote de los Natchez arrojó doce collares en medio del consejo.

«Un día, prosiguió Onduré, ¡día fatal! cierto rumor extraño nos llegó del Oriente; este rumor decía: Unos guerreros que vomitan fuego y que cabalgan sobre monstruos marinos, han llegado á través del lago sin orillas. Nuestros abuelos oyeron con risa tales nuevas; ¡guerreros mejicanos que aquí veis! vosotros sabéis si el rumor anunciaba la verdad!»

«Convencidos al fin nuestros padres de la aparición de los extranjeros, deliberaron seriamente y dijeron: Aunque los extranjeros sean blancos, no por esto dejan de ser hombres; les debemos, pues, hospitalidad.»

«Presencia de la codicia que en ellos despertaran nuestras riquezas, los blancos se precipitaron en tropel sobre nuestras costas. ¡Mejicanos! ellos os sepultaron á millares; ¡Chicasaws! ellos os obligaron á guareceros en las soledades; ¡Paraustis! ellos os exterminaron; ¡Abenaquis! ellos os envenenaron con unos polvos; ¡Iroqueses, alonginos, hurones! ellos os destruyeron haciendo que os aniquilaseis mutuamente; ¡Esquimales! ellos se apoderaron de vuestras redes; y nosotros, ¡infortunados natchez! ¡suecumbimos hoy á sus perfidias. Nuestros sachems han sido reducidos á torpe esclavitud, y el campo que cubria las cenizas de nuestros antepasados, pertenece ya á los extranjeros á quienes hemos recibido con el calumet de paz.»

«Dad doce pieles de alce por las cenizas de los que ya no existen.»

El sacerdote dió doce pieles de alce.

«Pero á qué, continuó Onduré, me estenderia en la pintura de los desastres que los extranjeros han acarreado á nuestra patria? Ved á esos hombres injustos multiplicarse hasta lo infinito, mientras vuestras naciones disminuyen incesantemente. Y aun mas que con sus armas, nos destruyen con sus vicios; nos devoran al acercarse á nosotros; no podemos respirar el aire que respiran; no podemos habitar el mismo suelo. En breve la tierra nos faltará para la fuga, y el último indio será degollado en el último de sus bosques.»

«Dad un gran sol de piedra roja por las calamidades de los Natchez.»

El sacerdote arrojó una piedra en forma de sol en el centro del consejo.

Onduré volvió á sentarse, y los salvajes hicieron chocar entre sí sus formidables mazas, en señal de aplauso.

El cacique natchez, viendo los ánimos dispuestos á oír todo, creyó era tiempo de revelar el secreto. Levantóse de nuevo y tornando á usar de la palabra, empezó haciendo observar que un golpe repentino era el único medio de libertar á los indios, porque atacar á los blancos de frente era esponerse á una

destrucción indudable, pues estos tenían la seguridad de la victoria, merced á la superioridad de sus armas; añadió que una vez probado el crimen, era indiferente el medio á que se apelase para castigarlo, y que entregarse á una compasión pusilánime, sería sacrificar la libertad de las generaciones futuras á mezquinas consideraciones del momento. «He aquí, dijo, lo que los natchez os proponen.»

En el absoluto silencio de la asamblea, Outougamiz sintió que su piel se adhería á sus huesos.

«Donde quiera habiten los blancos, es preciso que los indios se muestren sus amigos y aun sus esclavos. Una noche, las carnes rojas, se levantarán á la par y exterminarán sus enemigos. Los esclavos negros secundarán nuestra venganza que será también la suya, y dos razas quedarán emancipadas por un mismo golpe; los indios en cuyo país no hay extranjeros, se unirán á sus oprimidos hermanos para cumplir la justicia.»

«El momento de esta justicia se fijará en la época de los grandes juegos en las naciones, pues se ofrecerá entonces el pretexto de las reuniones, que parecerán inofensivas; pero como es esencial que el golpe salvador se dé en todas partes la misma noche, se formarán haces de caña que contengan tantas de estas, cuantos días deban contarse desde el primer día de los juegos hasta el de la realización del plan; los sacerdotes se encargarán de guardar estos haces; cada noche retirarán una caña y la quemarán, de manera que la última caña quemada marcará la última hora de los blancos. ¡Arrojad un puñal!»

El sacerdote arrojó un puñal á los pies de los guerreros.

Aquí se rompieron las palabras de Onduré, no de otro modo que se rompen algunas veces las cadenas de hierro que sujetan los prisioneros en los calabozos: libre ya de una atención fatigosa, el Consejo empezó á agitarse. Un murmullo de horror, de asombro, de vituperio y de aprobación circuló en la asamblea, creció y estalló en breve en clamores mil. Los salvajes encaramados sobre los derribados pinos, no eran alumbrados en la lobreguez de la noche, sino por el vacilante resplandor de las llamas de la hoguera; hubiéraseles tomado, al verles á través de las ramas y de los troncos de los árboles, por un pueblo esparcido entre las ruinas y las columnas de una ciudad incendiada. Todos querían hablar á la vez; se amenazaban, levantaban sus mazas, y el grito de guerra, lanzado desde la enhiesta cima de la roca, se perdía en las olas del lago, en cuya superficie se reflejaba la dudosa caridad de la hoguera como un siniestro faro.

Los sacerdotes, corriendo en todas direcciones, agitando unas varitas y manejando unas serpientes, en lugar de restablecer la paz aumentaban el desorden. Acababa de hablarse de los principios mas caros á los hombres: de la libertad, dulce en todos tiempos, y de la moral, eternamente santa. Onduré había concebido el crimen y todos sus pormenores; su plan y sus medios de ejecución con la ferocidad de un tigre, con la astucia de una serpiente. No obstante, la calma se fue restableciendo poco á poco. Outougamiz, que intentó hacerse oír, fue severamente reprendido por los sachems, pues este derecho pertenecía á los iroqueses. Habiéndose levantado el caudillo de esta nación, todos se dispusieron á escuchar con atención é inquietud la opinión de un pueblo tan célebre.

El orador repitió, según costumbre, todo el discurso de Onduré, siéndole dictada cada una de sus divisiones por uno de los seis sachems encargados de las tablillas de las anotaciones. Luego contestando á este discurso, dijo:

«Lo que el cacique de los Natchez acaba de pro-